

## EN BÚSQUEDA DE LA HUMILDAD Y GENEROSIDAD DOCENTE

Griselda Hernández Méndez <sup>1</sup>

Romper con esquemas ha sido algo que siempre me ha gustado, aunque debo reconocer que he tenido temores por mi tendencia a cumplir con las reglas, pero como pedagoga crítica que intento ser, me atrevo a abrir mis horizontes y buscar nuevas alternativas y veredas con mesura. Es así como me decanto por hacer mi autobiografía que, para quienes no confían en este tipo de trabajos, la rechazan por default como una forma legítima de hacer investigación, por la subjetividad y la nula confiabilidad que suponen. Sostengo que, a pesar de que, desde la mirada de los empíricos analíticos, la autobiografía no reúne los cánones de ciencia, puede aportar mucho más que una limitada indagación empírica que solo contribuya con datos numéricos a validar hipótesis.

La autografía, como relato, conlleva al narrador a develarse a sí mismo, a quedar desprovisto de tapujos y caretas, y eso da miedo, sin embargo, mi sinceridad, que hasta cierto punto es un notorio defecto, al mismo tiempo es un valor ético que me precede. Gracias a la autografía he logrado reflexionar a conciencia, profundizar en mis acciones, valorar lo que he logrado y admitir mis equívocos y emociones más sensitivas. En ese tenor, el objetivo de este capítulo es compartir mi recorrido hacia y por la docencia, a través del cual se entretujan experiencias agradables y otras todo lo contrario, para dilucidar que no todo es color de rosa en el trayecto de una estudiante y de una profesora.

---

<sup>1</sup> Investigadora de la Universidad Veracruzana. Integrante del CA-UV-78.

Espero que mi narrativa deje alguna enseñanza para los profesores, principalmente para los noveles que sufren el shock de la realidad docente y sienten desistir en lugar de reanimar bríos. De esa manera, la he dividido en cuatro fases que son cruciales en mi transitar hacia y por la docencia. En ese recorrido, desarrollé -y sigo haciéndolo- talentos de generosidad y humildad que quiero compartir porque creo firmemente que deben ser las cualidades de toda persona y, en particular, de quienes se dedican a la docencia.

### **Compartir lo que aprendo a la brevedad**

Siendo muy chiquita, de apenas cinco años, cuando aprendía a leer en primero de primaria, enseguida de que llegaba a casa, mi hermanita Edith “pagaba los platos rotos” -como coloquialmente se dice-, porque yo quería compartir todo lo que había aprendido esa mañana. Siendo menor que yo por un año y medio, tenía que aprender a leer, pues yo la regañaba. Ella quería jugar, pero yo necesitaba enseñarle lo que creía importante o interesante. Así que Edith antes de entrar a la primaria ya sabía leer, escribir y muchas cosas más que compartía feliz con ella, así como mis mejores dibujos y creaciones, pues ella mostraba una sonrisa de emoción que para mí era mi mejor regalo, por lo que no me importaba consagrar mi único chocolate para verla feliz.

Es, en esta etapa, que inicia en mí la generosidad de compartir saberes sin reservas, a pesar de sacrificar mi tiempo y descanso, siendo las caritas de sorpresa o de curiosidad de mis alumnos mi máximo trofeo. Cada que aprendo algo lo llevo al aula, ya sea la letra de una canción, un cuento, un chiste, una noticia o la lectura de un libro; incluso experiencias. Por supuesto, siempre que se relacionen o abonen a la materia y sin salirme de los contenidos temáticos, puesto que afianzan los saberes mediante el interdiálogo.

Creo que esa cualidad de compartir que desarrollé desde muy pequeña puede ser llamada generosidad; sin embargo, no siempre fue apreciada y muchas veces sufrí de abusos de compañeros y compañeras; momentos desagradables que más adelante retomaré.

## **Mi ingreso a la Facultad de Pedagogía. ¿Pedagoga por convicción o por accidente?**

Antes de narrar cómo decido enrolarme en la docencia, quiero comenzar expresando que mi estadía como estudiante de pedagogía no fue del todo placentera. Los maestros y las maestras me estimaban porque era una estudiante ejemplar, responsable y muy participativa, justo como esos alumnos que ahora los docentes anhelamos tener en las aulas. Jamás olvidaba la tarea y leer para mí era un placer. Sin embargo, eso no era aplaudido por mis compañeras, al contrario, asumían mis acciones como arrogancia y se volvió en ellas un hábito vociferar que yo era una nerd infeliz, a pesar de que invertía tiempo ayudando a muchas de ellas cuando les costaba comprender algunas materias. Estudiar me hacía feliz, pero era algo que no comprendían. Aunque ahora que analizo mi actuar, creo que sí era algo soberbia, les platico el porqué.

Resulta que yo no quería estudiar pedagogía, por lo que primero ingresé a la Facultad de Sociología con el afán de ayudar a las personas, pero los profesores de esta dejaban tantas lecturas que me iba a dormir todos los días hasta la madrugada, y yo era y soy débil visual. Mi madre comenzó a penetrar en mi cabeza la idea de que esa carrera me dejaría más ciega de lo que ya estaba, así que decidí abandonarla, no sin sufrir enormemente por esa triste decisión. Solo estuve hasta el tercer semestre en Sociología, tiempo suficiente para adherir ciertos comportamientos propios de esta. Los estudiantes, al menos de mi grupo, eran críticos, casi todos leían y debatían las ideas. Una tenía que defenderse o te iba mal. Ya podrán imaginarse lo que sucedió cuando entré a Pedagogía.

Para empezar, el profesor que me daba epistemología enseñaba como para niños de secundaria y es que lo comparaba con el profesor de Sociología que me dio esa materia y yo me ponía a llorar. Pensarán que exageraba, pero extrañaba esas clases tan sistemáticas y con alto nivel de sistematicidad y de tecnicismos. El de Pedagogía intentaba ser didáctico y bajaba el nivel del conocimiento a la máxima potencia y las compañeras de pedagogía ni así le entendían. El colmo fue que el maestro volvía a poner

el mismo examen para quienes reprobaban o querían subir las calificaciones, ¡y las compañeras no elevaban sus notas!

A lo mejor me mostré arrogante sin querer, pues en todos los exámenes saqué diez a la primera aplicación, porque había aprendido en la Facultad de Sociología, pero, sobre todo, porque siempre estudiaba para sacar el máximo promedio. Las compañeras no estudiaban o no sé cómo lo hacían porque cuando les preguntaban los maestros qué habían leído, no participaban. En cambio, yo todo el tiempo levantaba la mano para expresar lo que había leído y eso les molestaba, me hacían muecas y cuchicheaban todo el tiempo. Sinceramente, me agradaba leer y participar, entonces mejor las ignoraba.

La carrera de Pedagogía se me hacía más fácil, los profesores y las profesoras eran accesibles y amenos para impartir sus clases. En un principio los critiqué para mis adentros, pero ahora que valoro la didáctica sé por qué enseñaban así. Sin embargo, no dejé de desvelarme pese a que la carrera no se me hacía complicada, porque los profesores dejaban lecturas y reportes, y había que cumplir y bien.

Sí, casi todos los profesores me querían, pero hubo excepciones, por ejemplo, a una maestra le molestaba que siempre participara y que en las exposiciones me tardara un tiempo considerable, lo cual demostraba haciéndome muchas más preguntas que a las demás compañeras, y su enojo era más evidente cuando las respondía todas. Otra profesora una vez me dijo que cuando fuera yo docente iba a ser muy autoritaria y exigente y que eso estaba mal. Si viera que soy todo lo contrario; bueno, un poquito exigente tal vez, pero nada que ver con el autoritarismo.

Con la pesadez del ambiente, me concentré en encontrarle el gusto a la Pedagogía y egresé con escasas amistades, pero feliz porque obtuve el promedio más alto de la generación, medalla al mérito académico y contaba con el apoyo de mi maestro, “mi mentor”, de quien aprendí a investigar y, sobre todo, a ser mejor persona siendo su becaria en el Instituto de Investigaciones en Educación

(IIE); una persona de las tres “h”: humilde, humanitaria y honrada. Yo creo que ya lo era, pero con él reafirmé esos y otros valores.

Mi maestro mentor, Gilberto Domínguez, era y es una bella persona que me enseñó con el ejemplo a respetar, escuchar, aceptar errores, ser generosa y comprensible con el desvalido, ser humilde, pues hacíamos paquetes y los llevábamos a correos o jalábamos sillas, o limpiábamos el piso de las aulas porque no había personal de limpieza. “No se caen las manos por limpiar”, decíamos y sonreíamos. Él era el director del IIE, y me parece que ha sido la persona más humilde que he conocido.

### **¡Me encantaría ser investigadora! Mi encuentro con la investigación**

Un día, un maestro de pedagogía solicitó que fuéramos al IIE a entrevistar a alguno de los investigadores; yo opté por entrevistar a una de las investigadoras luego de revisar la sinopsis curricular de algunos. Con miedo disimulado me acerqué para preguntarle, recuerdo muy bien que no sabía acotar mis preguntas y ella me lo dijo. Me dio pena, sin embargo, ella, la maestra Lyle Figueroa, me trató bien, aunque con algo de desdén. A mí me impresionó su sapiencia y pensé para mis adentros “me gustaría llegar a ser como ella”.

Cuando decidí hacer prácticas y servicio social en el IIE, por fortuna, el maestro Gilberto, siendo director, me consiguió una beca como asistente de investigador, debido a que ya me conocía al haberme dado clases. Allí aprendí mucho. Iba a todas las conferencias y seminarios de investigación. En medio de los investigadores, a quienes admiraba, me idealizaba como investigadora. Admito que la investigación me apasionaba más que la docencia, pero incursionar en la investigación era más difícil.

En ese tiempo, yo acababa de titularme de Pedagogía y de ingresar a la Especialidad en Docencia que ofrecía el mismo IIE y cada semestre había exámenes de oposición para dar clases en la Universidad Veracruzana, por lo que el maestro Gilberto me

animó a concursar. Obvio que perdí ante profesoras que incluso me habían dado clases, pues carecía de experiencia docente, la cual valía mucho en el puntaje. Estoy convencida de que, sin la motivación del maestro Gilberto, yo no me hubiera atrevido a concursar contra maestros, él me decía “no importa que pierdas, el chiste es foguarse, medir fuerzas y tú eres buena”.

Recuerdo que la directora de Pedagogía reconoció el papel que hice en mi primer examen de oposición a pesar de haber perdido, así que me dio la oportunidad de impartir la materia de Paradigmas de investigación. Estaba feliz porque la investigación me encantaba. Ella me dijo “si tienes dudas, pregúntales a los investigadores, tú estás allá con Gilberto”. Nunca tuve que preguntarles, a mí se me hacía fácil, siempre estuve atenta en aquellas clases, de la maestra Elvira Castillo, en las de Alfredo Zavaleta e incluso hasta en las de Atanasio García; yo embelesada escuchaba atenta y respetuosamente todas las clases de investigación. Y cuando notaba la falta de dominio de saberes de profesores o profesoras, no se los hacía saber, prefería disipar mis dudas por mi cuenta.

Recuerdo que, en esas fechas, fui a presentar examen de oposición en la carrera de Ciencias de la Educación de la Universidad de Xalapa; como parte del jurado estaba conformado por estudiantes, no gané el examen porque mi discurso era muy elevado, según me dijo el coordinador de la carrera. Sin embargo, al igual que la directora de Pedagogía de la UV, me solicitó que impartiera la materia de investigación porque reconocía el dominio mostrado, pero me pidió que fuera más didáctica y bajara mi nivel. Eso para mí fue de mucho aprendizaje.

### **Ser maestra no es tan fácil como creía...**

Antes de presentarme ante el grupo que la directora me había asignado en Pedagogía, evoco lo que ella sabiamente me dijo: “vístete y péinate de otra forma porque te ves muy chiquita”. Le hice caso y me puse zapatillas y un vestido que me incomodaba, pero ni modo, había que verse un poco más grande; no obstante, aún con eso, los estudiantes notaron mi evidente juventud, y el

acabose fue cuando un estudiante que ya tenía otra carrera y, por supuesto, era mayor que yo, me interrogó enérgico, decía que no entendía a los autores y que le volviera a explicar.

Sinceramente, al principio, me estaba dando temor esa actitud, sentía que el calor se subía a mis orejitas, lo bueno es que el cabello me cubría, y pensé que la voz me temblaría. Sin embargo, no se me notaron los nervios, siempre he confiado en Dios y pedido su ayuda, yo creo que eso me ha librado en varias situaciones. Cada vez que entraba a dar clases decía “Señor habla tú por mí” y así empezaba a dar mi clase, confiando en él, y los alumnos me escuchaban. Por supuesto, preparaba todas las clases con dedicación, pues la escasa experiencia limita a todo profesor novel.

Una vez concursé para dar una materia que requiere de experiencia, Evaluación curricular, y la gané, pero admito que la falta de experiencia hizo que me costara impartirla, pues requería relacionarla con la práctica, ¿y cómo?, ¡si nunca había hecho una evaluación curricular! Por más empeño que puse, siento que les quedé a deber mucho a mis alumnos; eso me entristeció y decidí jamás dar alguna materia que no dominara.

Entre las vicisitudes que recuerdo que me hicieron ver que ser docente no es tan fácil o, dicho de otra forma, que no todo en la docencia es color de rosa, se encuentra lo vivenciado dando la clase de Filosofía de la ciencia. A mí me gustaba esta materia, pero hay que admitir que se les complicaba a los alumnos. Yo, de estilo serio, no quería “vulgarizar el conocimiento”, y consideraba que el nivel en Pedagogía era bajo y que para subirlo había que solicitar más lecturas y hablarles con mayor nivel, sin embargo, iba yo contra la marea, porque la mayoría de los profesores hacen tan accesible el conocimiento que terminan propiciando que los estudiantes no tengan discurso propio de un científico en pedagogía.

Pero siempre hay excepciones, esos estudiantes que me seguían, leían, participaban y a la fecha me agradecen por haberles enseñado, y esos otros que no le entendían a los textos, no leían, no hacían tareas y no participaban, ni por pena cuando yo les preguntaba.

Para mí esos alumnos eran desesperantes porque cuando una inicia como docente, crees que están dispuestos –motivados- al aprendizaje, y no es así. Se sufre el shock con la realidad.

No olvido a aquella niña, Adriana, que siempre llegaba maquillada a la clase, fumando, pues en ese entonces no se les prohibía el cigarrillo cerca de la ventana; nunca tomaba nota, en apariencia me escuchaba, pero no participaba, y en los exámenes no llegaba ni al tres de calificación, y escribía en su examen “por favor, no diga en voz alta mi calificación”, y es que sabía que no iba salir nada bien. Ella era repetidora, había reprobado con una filósofa, titular de la materia, y tanto la directora como la secretaria académica me habían anticipado que era una chica problemática, pues había acusado a la filósofa de acoso, por eso me aconsejaron poner exámenes objetivos, para que ella no tuviera elementos.

Como lo imaginan, ella reprobó y a mí como profesora novata me dolió, le dije que fuera al IIE a verme y le di una guía para que estudiara. Di un repaso y allí me di cuenta de que no tenía apuntes y que no sabía nada, como si mis clases no hubieran existido. Me afligí, pues no pasó el examen y tuvo que abandonar la carrera. Para serles sincera, no quería reprobarla -aunque en realidad ella reprobó, yo no la reprobé-, pero la secretaria me acompañó al calificar el examen y recuerdo muy bien que me dijo “ella no merece que te preocupes, el examen está fácil y no lo pasó porque no tenía el mínimo interés”; sus palabras me alentaron, pero no dejaron de entristecerme.

Dando esa misma clase, al siguiente año me encontré con el grupo 202, que me exigía les pusiera juegos y que hiciera más didácticas las clases. Con incertidumbre lo hice, pero me di cuenta de que les costaba entrarle a las lecturas y que preferían jugar antes que analizar los textos. Ese evento lo noté siendo estudiante de Pedagogía. Mis compañeras querían jugar en lugar de leer, y juegos que no son útiles para el aprendizaje; por ejemplo, cantar como gallo o saltar como rana. De forma que las maestras que solían poner juegos eran apreciadas y a mí me molestaba hacer “ridículos” y, con tal de no ser irrespetuosa, prefería decir que me dolía el estómago para

evitar participar en esos juegos. Ahora como docente trato de ser empática, sí pongo juegos divertidos siempre y cuando abonen al aprendizaje, y permito que quien no quiera participar solo observe, pues cada cabeza es un mundo y somos tan diferentes.

Son muchas las experiencias que me mostraron que la realidad supera las teorías. Considero que, en la Facultad, forman bajo una pedagogía romántica; al menos, a mi generación así nos formaron. Se presenta a la didáctica como varita mágica solucionadora de cualquier problema de aprendizaje, basta con moverla para elevar los ánimos de los alumnos y hacer que se impliquen entusiastamente en sus tareas y responsabilidades, pero la realidad es otra. La desidia, apatía y poco compromiso estudiantil se presentan en todas las instituciones. Yo leía a Rogers con frenesí y me detractaba de usar conductismo porque eso me habían enseñado en Pedagogía; de hecho, tenía confusiones serias entre esta perspectiva y el tradicionalismo, que disipé más adelante. Apliqué, según yo, la teoría humanista de Rogers, dándome topes en la cabeza porque cómo iba a formar bajo esta teoría a alumnos que toda la vida han estado aprendiendo a recibir órdenes, a ser castigados o reforzados de acuerdo con sus comportamientos.

Entre ensayo y error aprendí a ser maestra. Una vez, dando clases de Principios de la Educación I y II, en la Facultad de Idiomas -porque han de saber que concursé en varias Facultades antes de llegar a ser investigadora-, les di a los estudiantes lecturas de autores críticos y pedí que hicieran una ponencia original y con sentido crítico y reflexivo. Por supuesto, yo enseñaba a despertar el espíritu crítico, pero, al menos en ese tiempo, los alumnos de esta Facultad no eran críticos, por varias razones que no voy a tocar. Lo cierto es que me metí en grandes aprietos porque hicimos un evento abierto y allí expusieron sus ponencias llenas de reflexión y de crítica.

Externaron críticas al sistema, a la administración de la Facultad y a los malos maestros, y aunque no decían el nombre de nadie, las críticas fueron mal tomadas por la directora y los docentes. Ella me reclamó y como yo era novata no supe cómo responderle. Los

alumnos me apoyaron y agradecieron, pues yo había dedicado mucho tiempo para que sus ponencias quedaran bonitas, hasta los sábados trabajábamos. Recuerdo a Roberto que le daba pánico hablar en público y cuando trabajamos en eso para reconocer sus experiencias vividas en donde se gestó ese miedo, supe que la directora tuvo que ver, ya que ridiculizaba a los alumnos cuando exponían y él le tenía miedo. Para no hacerla más larga, Roberto pudo exponer muy bien, recurriendo a teorías psicológicas y, al final, daba sugerencias de cómo superar los nervios al exponer. Me sentí orgullosa de él y de los y las demás estudiantes.

Mucho tiempo estuve concursando para poder dar clases; los concursos que ganaba eran como interina, pues las materias de base estaban “arregladas”. No olvido un concurso justamente para la materia de Metodología de la investigación. En aquella ocasión estaba una profesora que me había dado clases y era muy buena, además de contar con maestría y doctorado, por lo que yo imaginé que ella ganaría, pero no fue así; ganó la que menos formación y conocimientos tenía. Creo que yo hice un muy buen papel porque todas las preguntas que me hacía el jurado, especialmente “el padrino de la que ganó”, las respondía y eso hacía que su cara se pusiera roja y lanzara otra pregunta, y para mí mejor porque yo hice gala de manejo de conocimientos. Uno de los jurados, apenado, un día le dijo al maestro Gilberto que yo había estado excelente, pero les habían pedido que le dieran el gane a esa maestra que no merecía ganar. Eso era lamentable, y como esta situación viví muchas.

Una jurado antes del examen me pidió que no me presentara al examen porque yo iba a perder. Otra vez, la secretaria de Pedagogía retiró mi título de doctorado - según ella no lo entregué- porque el concurso era para plaza de profesora de tiempo completo y estaba “arreglado” para que ganara la directora. Lloré mucho y la líder del sindicato me dijo “no te preocupes, tú perfilas más para investigadora que para profesora”.

Más adelante gané la plaza de investigadora, aunque antes padecí de chismes de las colegas de Pedagogía de que yo era sangrona porque no les hablaba, pero era por mi timidez, no por otra cosa;

prefería ser reservada, daba mi clase y me retiraba al IIE. Entonces buscaron poner al maestro Gilberto en mi contra, lo bueno es que él, sabio, no hizo caso a esos chismes. Pero sí dolían los bártulos y más el saber que de cierta manera me rechazaban. Lo bueno de todo era que disfrutaba enseñar y aprender de mis alumnos, porque la docencia es así; uno aprende mucho de ellos.

### **Mi ingreso a la investigación**

Fui afortunada al entrar al mismo instituto en el que había estado como becaria y luego como asistente de la dirección. No me la creía cuando me asignaron un cubículo. Yo había hecho investigación como alumna, pero ahora era investigadora y, en realidad, me daba cierto miedo; más porque había colegas que me veían con recelo, pues estaban acostumbrados a mirarme como becaria o asistente. Retomé el tema que trabajé en la tesis de doctorado y concursé en la convocatoria de apoyo a profesores de Tiempo completo; gané una beca y apoyo para equipar mi cubículo, ir a dar ponencias e incluso fui a Estados Unidos para dar una charla. Todo iba bien tanto en la investigación como en la docencia porque la pedagogía y el hecho de que tomara como línea de investigación a la práctica docente, me han permitido analizarme como profesora, ver mis errores y enmendarlos.

Cuando experimentaba con alguna propuesta o invento didáctico, anotaba mis aciertos y equívocos y trataba de mejorar. Así, puedo decir que aunque he dado la misma materia, siempre ha sido diferente porque reinvento. Sin embargo, ha habido tiempos en que, por tanto trabajo, he caído en la monotonía cotidiana y, cuando me doy cuenta, me resulta estresante, porque reconozco que no estoy poniéndole esfuerzo a la docencia.

### **Momentos desagradables con colegas**

Los peores momentos que he experimentado no han sido con o por los estudiantes, sino con colegas. Cuando recién gané la plaza de investigadora, le comenté al secretario académico y a la coordinadora de Lengua Francesa que ya no podría dar clases

en Idiomas porque había ganado la plaza y en la Universidad sólo permitían dar diez horas de clases, las cuales ya impartía en la Facultad de Historia. Ella se rio y me dijo que no soñara, que me iba a quedar “como el perro de las dos tortas”. Me volvieron a asignar los grupos a pesar de que ya les había dicho que no podía hacerme cargo.

Recuerdo este hecho con tristeza y créanme que lo he soñado como pesadilla varias veces porque los estudiantes estuvieron esperándome y sin profesor por mucho tiempo, y tanto ella como el secretario me trataron como delincuente porque “me había llegado el cheque y yo no había dado clases”. Me disculpé con las alumnas, di clases como pude, pero fui a ver a la directora y le dije que no podía ir más, que en serio me había ganado la plaza. Esa maestra, coordinadora de la carrera de francés, se encargó de decirle a medio mundo que yo era una corrupta; de verdad que los rumores pesan y más cuando van acompañados de veneno letal, puesto que la secretaría académica de la Universidad le creyó y debieron pasar muchos años para que mi imagen quedara limpia. Les juro que nunca le hice nada y siempre la traté muy bien, pero ignoré las razones de su odio hacia mí.

Una vez, una colega egresada de Idiomas y ya investigadora en la Universidad de Quintana Roo vino a hacer estancia bajo mi acompañamiento. Antes de llegar a mi instituto fue a Idiomas y allí encontró a esta profesora que les comento, quien aprovechó para hablarle cosas horribles de mí. Cuando la colega me platicó, no voy a negar que me dio mucho coraje, pero respiré y le dije “debo ser muy importante para ella para que se tome tanto tiempo hablando de mí”. Mi hermana Edith, ya doctora en Lingüística, argüía que la encontraría en algún congreso o actividad y se las vería con ella, pero yo le dije “no vale la pena ni gastar saliva en ella” y desde entonces no volvemos hablar del tema. Siempre he creído que la gente venenosa no es feliz y por eso necesita escupir su veneno.

Mi seriedad y aislamiento han sido como camuflaje para pasar desapercibida y evitar dificultades con colegas. No obstante, poco me sirvieron, pues al año de haber ingresado como investigadora,

el reciente director del IIE comenzó a hostigarme; primero, insistía en que me cambiara a su Cuerpo Académico y dejara al de la maestra Lyle; hablaba mal de ella y de otra de las colegas -ambas ya fallecidas de cáncer durante la pandemia covid-19-. "Son malas, solo maestras que no merecen respeto, pues no tienen el grado de doctoras. Tú eres doctora, qué haces allí, vente con nosotros que necesitamos a alguien joven para que nos alegre".

Le dije que me quedaría en ese Cuerpo por empatía temática y porque allí me recibieron siendo estudiante y aprendía mucho, especialmente de la maestra Lyle, a quien siempre había admirado. Se molestó mucho, al grado de que no me permitió participar en el programa de productividad académica; convenció al Consejo Técnico de que no me aprobaran mi proyecto de investigación, lo cual me inhibía a participar. Para colmo, una de las miembros del Consejo que era integrante del Cuerpo que dirigía la maestra Lyle votó en mi contra. Esa situación me dejó triste e impotente. Fui a ver a las autoridades del programa de estímulos a la productividad y fue peor, dijeron que no podía participar porque el Consejo sostenía que yo no sabía investigar.

El maestro Gilberto ya no estaba en el IIE, se había ido a la UVI, pero en una llamada telefónica me aconsejaba que me cambiara a otro instituto porque tanto el director como algunos miembros del Consejo Técnico eran malas personas. La maestra Lyle y la maestra Marisela (que en paz descansen) me defendieron, pero la situación se tornaba pesada. A cada rato me mandaba a traer el director para regañarme y me amenazó con restricción de contrato si le contaba a alguien más lo sucedido, pues Alfredo Zavaleta le había reclamado su trato hacia mí. Tanto él como la maestra Lily habían revisado el proyecto que no querían aprobarme.

Hay mucho que contarles que recuerdo y aún siento esas lágrimas que rodaban por mis mejillas, pero para hacerlo más corto les narro que fui a ver al Dr. Emilio Gidi Villareal, representante y defensor de los derechos de los universitarios, quien leyó con cuidado mi proyecto y me dijo que había notoria aversión hacia mi persona, pero que, desde la defensoría, lo único que podía hacer es una

recomendación al director que bien podía atender o hacer caso omiso. Al igual que el maestro Gilberto, me dijo que me cambiara a otro instituto. “Te quedan más de 25 años de trabajo, ¿vas a soportar las cuchilladas de esos cabrones?”, fueron las palabras del maestro Gilberto.

Gidi me ayudó a cambiarme. De manera diplomática, logró que el director del IIE firmara el oficio para que me fuera con la plaza al Instituto de Investigaciones y Estudios Superiores Económicos y Sociales (IIESES), que es mi instituto en el presente. Yo estaba muy triste, el IIESES estaba muy lejos y llegaría con gente desconocida, y mis colegas del Cuerpo Académico estaban igual de tristes. Yo le preguntaba a Dios por qué me sucedía esto a mí si yo trataba siempre de hacer lo correcto. Más tarde supe que la respuesta era que todo cambio es para beneficio. Estaba embarazada y no lo sabía, por ende, más sensible de lo normal, por eso no pude defenderme; además de que no quería, eran ya muchos oficios y maltratos de este personaje soberbio.

En el IIESES sentí temor de que algo parecido me aconteciera. Fui a una comida de navidad y allí me acerqué a dos mujeres que eran Técnicos académicos para estar en su mesa, sin embargo, me dijeron que me retirara porque yo no fumaba ni tomaba. Lo bueno es que hubo colegas que me recibieron bien.

## **A manera de conclusión**

Hay tantas experiencias que contar, lamentablemente tristes, que pasé con colegas, pero quiero centrarme en decir por qué la humildad me ha salvado de la arrogancia. Hubo mucha gente que me quiso dañar; sin embargo, felizmente no guardo rencor en mi corazón y, por tanto, no albergo el mínimo interés de venganza, y yo creo que por eso Dios me ha ayudado y quizás sea eso que llaman karma lo que he percibido.

Les platico algunos ejemplos: Alumnos de doctorado que me evaluaron mal en el programa de estímulos a la productividad con la intención de que quedara en el nivel más bajo, después

me pidieron perdón por haber sido convencidos por maestros de actuar mal contra mí, y yo pude vengarme porque les volví a dar clases, o les hubiera reclamado o regañado, y no lo hice porque mi ética y humildad están bien afianzadas. Y es que me pusieron 1 y 0 de calificación y hablaron mal de mí; incluso el director me pidió explicación de cómo enseñaba porque había quejas de alumnos. Por fortuna, solo fueron dos, justamente tutorados de dos profesores que no simpatizaban conmigo. No me afectaron en el nivelaje porque los demás alumnos me calificaron alto.

Más adelante me asignaron como sinodal de una de esos alumnos, pude no aprobarla, y tanto ella como su directora de tesis pensaron que me podía “desquitar”, porque le solicitaron al líder del Cuerpo académico, y amigo mío, que me pidiera que no tomara represalias, pues ellas se dejaron llevar por uno de los profesores. Actué bajo el principio de ética; la tesis tenía fallas y yo la recibí en mi cubículo para explicarle y hacerle recomendaciones de mejora. La chica estaba sorprendida con mi actuar.

Otro ejemplo es cuando, estando ya en el IIESES, recibí la llamada de una de las maestras de ese departamento que me dijo: “Doctora, Dios es justo, usted recibirá su estímulo porque es perfil deseable y está en las reglas de esta rectoría que en automático los perfiles entran al programa”, después de que el jefe del departamento de productividad no me permitió participar en el programa de estímulos a la productividad académica. Sí pude participar y realicé un proyecto sobre reprobación en matemáticas, aquí tomé el tema que quise porque no me restringían como en el otro instituto; integré a nuevos colegas y ganamos recurso para echarlo a andar. Y también ingresé al Sistema Nacional de Investigadores.

El rector en turno otorgaba reconocimiento a los académicos más destacados y solo unos cuantos lo recibían de su mano, y para mi sorpresa y la de ese director que me hostigó, me llamaron para pasar a recibir mi reconocimiento como una de las mejores académicas por mis logros. Recuerdo a Zavaleta diciéndome “con guante blanco golpeaste”. Para colmo, me llamaron como investigadora del IIE y yo ya era del IIESES, y nadie del IIE fue reconocido entre

esos pocos académicos. Sin embargo, eso no me hizo ser soberbia, siempre me he esforzado en hacer bien el trabajo, manteniendo mi sencillez.

El karma le llegó a ese director que no solo a mí me acosaba, ya que luego lo hizo con la maestra Marisela, con las profesoras de Pedagogía, a quienes les cerró la maestría que abrieron con esfuerzo, mientras fue director del área de humanidades. Ellas se manifestaron con carteles contra él, luego el titular de la Secretaría de Educación de Veracruz escribió en el periódico que este “académico” se dedicara a escribir y no a hacer “investigación de banqueta”. En fin, hay mucho para contar, pero, siendo breve, puedo decir que nunca le guardé rencor, incluso un día lo saludé porque se fue a sentar en mi mesa en un evento en Ciudad de México.

Como este hay muchos ejemplos de colegas que por azares de la vida terminaron reconociendo que no han sido buenas personas conmigo. Yo sigo pidiendo a Dios protección contra este tipo de gente que, desafortunadamente, me encuentro. Actualmente, coordino un doctorado en donde la mayoría de los profesores son hombres y mi liderazgo les ha pesado a algunos; me han contrariado, retado, criticado, pero yo sigo en la lucha porque la coordinación requiere de mucho esfuerzo, tiempo y responsabilidad que no estoy segura de que alguno de ellos quiera asumir. Sobre mi espalda está mantener el doctorado en el Sistema Nacional de Posgrados (SNP) para que los estudiantes tengan beca. He dejado de hacer mis tareas por estar pendiente de los alumnos, pero vale la pena porque me alegra ver que todos estén contentos cuando llegan sus becas, o porque aprenden mucho.

Voy a cerrar con esta reflexión: la generosidad no es solo donar algo material, sino también el compartir tiempo; el tiempo es un valor, así como las energías y el conocimiento. Me restrinjo para darles a otros porque creo que necesitamos vivir en empatía, comprensión y apoyo solidario. Así como la humildad es una virtud que debemos esforzarnos en generar, porque como humanos somos imperfectos, ignorantes ante los enigmas de la vida, el vasto conocimiento y la inexistencia de verdades absoluta, e infecundos ante la enfermedad y la muerte.